

OCTAVIO PAZ. *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*. Ed. Pere Gimferrer. Biblioteca Breve. México: Seix-Barral, 1999.

PATRICIA ORTIZ FLORES
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

ESTA SERIE de cartas, 206 en total, inician con el comentario celebratorio de Octavio Paz a un poema de Pere Gimferrer¹ y terminan con uno semejante a otro poema del escritor catalán, 31 años después. (No deja de ser un dato curioso que la primera carta data de abril y la última sea también de abril, mismo mes en el que murió Paz). Ésta es la tónica del libro a través de sus 410 páginas: un diálogo constante a través de la literatura, la filosofía, la religión, la política, la vida misma, a partir de una de las voces más inquietantes y polémicas del México moderno. Paz tenía 51 años y Gimferrer 20 cuando se abre esta colección epistolar.

El libro, publicado como homenaje en el primer aniversario de la muerte de Paz, cumple con sus propósitos en más de un sentido². Algunos de ellos: el hecho de que representa un diálogo simbólico de Paz con España, muy especialmente con la lengua y literatura catalana, seguido

¹ Pere Gimferrer fue admirador y autor, desde muy joven, de reseñas y artículos acerca de la obra de Paz, como puede advertirse en las primeras cartas (en la carta 3, Paz le agradece el estudio dedicado a su poesía, con el que pareció estar muy de acuerdo). Autor del libro *Lecturas de Octavio Paz*. Barcelona: Anagrama, 1980, Premio Anagrama de Ensayo, y editor de las obras de Paz en España. Según la información de una de sus notas, se encuentra por salir otro de sus ensayos en *Retrato de Octavio Paz*, que publicará Círculo de Lectores.

² Esta serie epistolar continúa con la publicada en 1998: *Correspondencia Alfonso Reyes / Octavio Paz (1939-1959)*, preparada por Anthony Stanton, en la que tuvimos la oportunidad de conocer por primera vez una selección editada de las cartas de Paz. Haría falta, sin duda, saber si existen cartas de Paz en los años que van de 1959 a 1966.

de una amistad que se prolongó por 33 años. Si bien es una lástima que no se trata de la edición de una correspondencia cruzada (el editor no aclara las razones para no serlo en el breve prefacio), estas páginas son —la mayoría— verdaderas cartas-ensayo, en las que el único “corresponsal” discurre largamente (algunas cartas son muy largas en extensión) acerca de la escritura y la vida con la ventaja que da la madurez del escritor consagrado.

El libro, en su conjunto, podría dividirse en algunos grandes apartados: las reflexiones y opiniones de Paz acerca de la literatura, cultura y política; sus comentarios sobre la obra de su interlocutor; las disposiciones por escrito del premio Nobel para la publicación de sus obras en España (como podrá verse en la lectura de algunas cartas, Paz era verdaderamente cuidadoso y reincidente en nuevas versiones); la difusión y recomendación de algunos escritores para que sus obras se publicaran o se les reseñara en la península ibérica, como Alejandro Rossi, Hugo Hiriart, Hugo J. Verani y Fuentes³; otras, las menos, meros saludos, confesiones o exabruptos de Paz hacia su amigo (como en la carta 46, en la que advertimos el desquicio en el que lo tenían los reclamos de Elena Garro y su hija).

Las cartas más importantes son las que contienen los testimonios pazianos acerca de su entorno y sus reflexiones sobre la poesía; así como las instrucciones que enviaba el poeta para la edición de sus textos (son largas enumeraciones que atienden tanto a lo formal como al contenido. Sin embargo éstas son fuente indudable de un estudio comparativo de las

³ Paz refiere de su amistad con Fuentes, que ésta era más bien esporádica, pero siempre en un marco de respeto. A su amigo Pere le habla de la novela *Terra nostra* y le pide reseñarla, dada su importancia. Años más tarde (en la carta 160) se lamenta del escándalo que se suscitó por la publicación de un ensayo polémico de Enrique Krauze sobre Fuentes en *Vuelta*. Entre otras acusaciones, se dijo que Paz estaba obstaculizando el camino de Fuentes hacia el Premio Nobel, lo que le valió decirle a su amigo Pere que nunca había ambicionado ese “malhadado premio” y que nunca sería capaz de mover un dedo para lograrlo (328). Por cierto, es curioso que Paz no hable para nada en estas cartas, de sus impresiones cuando recibió el premio en 1990.

diversas versiones que iban adquiriendo sus textos). Se mencionan entre muchos: *Las peras del olmo*, *El mono gramático*, *Vuelta*, *In/mediaciones*, *Sor Juana Inés o las trampas de la fe*, *Tiempo nublado*, *La llama doble*, *Vislumbres de la India*. No deja de sorprender el entusiasmo intelectual que Paz tenía para realizar proyectos, entre los que se contaban la creación de revistas y colecciones, nuevas ediciones, traducciones, relecturas, que compartía epistolarmente con Pere, y del que solía aceptar sugerencias (Paz solía reconocer en su amigo muchas coincidencias de opinión acerca de la literatura en general). En la carta 135, se conoce un dato importante: la mención de una novela “abandonada en un cajón” y que Gimferrer refiere que Paz la había iniciado en los años cuarenta.

Por el contenido de las cartas desfilan las ideas de Paz acerca de la poesía en lengua española, francesa e inglesa (véase el vasto índice de nombres que el editor anexa al final del libro); reconoce sus influencias al cumplir ochenta años (carta 187), cuando hace un repaso de los primeros poetas que le apasionaron como Alberti y Neruda (con el que, no obstante, no coincidía ni por sus manifiestos políticos ni por las memorias que había publicado), Yeats y Elliot. Incluso menciona en una carta muy biográfica (la 119, y una de las más largas), que de no haber sido nombrado ayudante en la Embajada en París, cuando se encontraba en los Estados Unidos en 1944, el rumbo de su poesía habría sido diferente, pues no habría tenido la experiencia del surrealismo, que —como se sabe— lo influyó vivamente.

Si bien conocemos las ideas de Paz en torno a la poesía, es una tentación reproducir lo que un poeta siente cuando se enfrenta a un texto poético. Es la carta 76, a propósito de un libro de poemas de Gimferrer: “Un texto que se toca, se oye y hasta se huele [...] deja adivinar estas complejas asociaciones entre el sonido y el sentido, entre el color y el peso de las palabras [...] una masa verbal hecha de intrincados enlaces auditivos y semánticos, como un follaje casi acuático y entre cuyas frondas y ondulaciones se deslizan y flotan formas afiladas, fosforescencias, sombras” (142).

Imposible mencionar todos los ejemplos que Paz nos da de su pensamiento filosófico y literario: lo mismo nos remite a sus consideraciones

en torno a la poesía y lenguaje (uno de sus más caros temas), al hombre moderno, a la vejez, a la amistad (a la que por cierto emparenta con la poesía: “ese continuo rimar que es la verdadera amistad”. Carta 150, 303), a la muerte, entre varios etcéteras.

Paz tenía un eterno disgusto contra sus coterráneos. Él no se hallaba bien en la ciudad de México, por los constantes ataques que le hacían, por eso, viajero eterno, Paz se nutría de la universalidad de las culturas, entre las que prefería señaladamente la española —sobre todo la de Barcelona, donde radicaba su amigo (solía ir cada año)—. Desde los años setenta se encontraba en total discrepancia con el ambiente cultural de la capital en la que el poeta hallaba: “mala leche y pereza mental”, pasando por los ochenta, en los que Paz se queja del mal nacional: la envidia y el resentimiento, con los que fue atacado por el discurso de Francfort de 1984. En la carta 141 Paz hace un juicio lacerante acerca de que estos males son los que han provocado “la esterilidad de nuestros literatos [...] cólera sorda y callada” (y crónica) con la que se había atacado años atrás a Alfonso Reyes y a los Contemporáneos. Ya en los noventa se quejará amargamente con su amigo, a quien le dice que a pesar de las varias páginas escritas durante toda su vida, nunca pudo cambiar la opinión de sus detractores.

A través de las cartas el lector podrá advertir, también, el comportamiento político de Paz. Su renuncia a la embajada de la India, en 1968 (en la carta 8 incluye el desgarrador poema: “México. Olimpiada de 1968”); sus ideas acerca del gobierno desastroso de López Portillo; de Salinas de Gortari y de los partidos de oposición, a los que consideraba “antidemocráticos”. Paz siempre temía que se perdieran los pocos espacios ganados a favor de la democracia; con lo que volvía a la depresión eterna de vivir en México. Es una lástima que Paz no dedicara mucho espacio a la dictadura franquista, teniendo la oportunidad de comentarlo con un español. También por aquí desfilan sus impresiones acerca del terremoto de 1985, en la ciudad de México, y en las que parece conceder buenas opiniones de algunos mexicanos (sobre todo de los jóvenes), de los que reconoció su solidaridad.

A medida que avanzaban los años, las cartas se fueron espaciando más, pero no por ello perdían su importancia. El diálogo cultural es innegable.

Con la lectura de este libro, nos damos cuenta de que no sobran las ediciones de y en torno a la obra de Paz, sobre todo por el evidente olvido en que ha caído su presencia intelectual en México, a tres años de su muerte.